

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

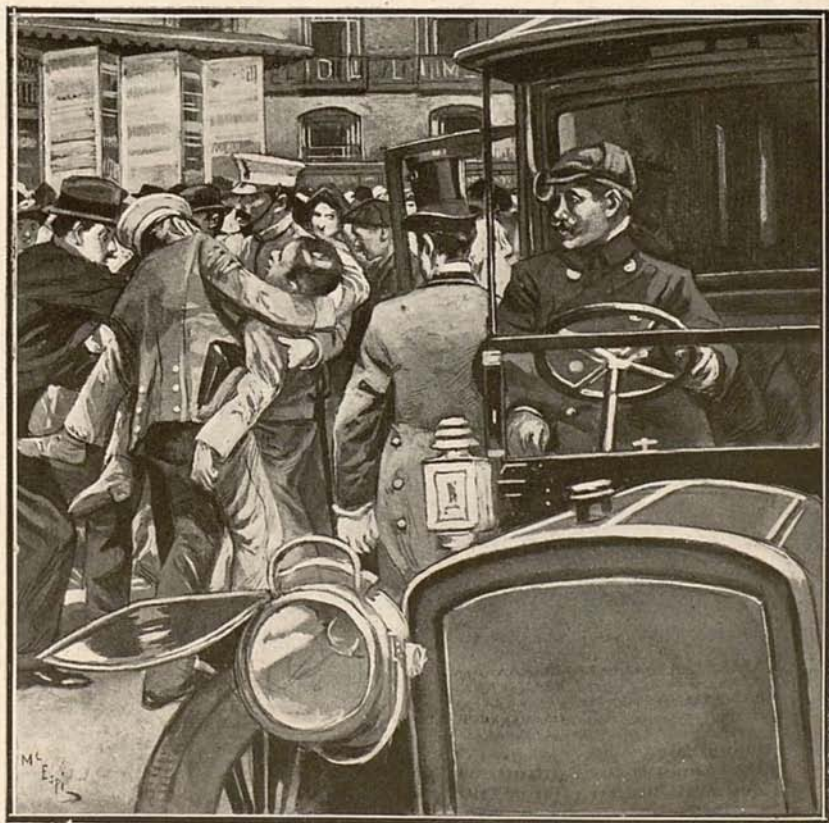


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 20 DE DICIEMBRE DE 1908

NÚMERO 51



«EL PEREJILITO»

(CONCLUSIÓN)

Pero hombre, si esto no es *na*, si esto me lo curo yo en la primer fuente que vea.

Levantóse el golfito, y su interlocutor, obligándole á sentarse, le dijo con gran entereza:

Ayuntamiento de Madrid

—Es preciso que vaya... que vayas á la casa de socorro, y después te llevaré con tu familia.

—¿Con mi familia...? ¡No la gasto!

—¿Qué dices...?

—Que no tengo á *naide* en el mundo, que soy un señor solo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Pepe, el *Perejilito*.

—¿Y cómo vives?

—*Mu* malamente, señorito; *puee* *usté* creerme: peor que los perros sin amo. Da muy poco de sí la Prensa, y estamos los «periodistas» pero ¡que á dos velas...! Como que *too* el mundo se ha *echao* á vender periódicos... Y de la Tabacalera, no se diga. Ya no se *puee* ser *acionista*... ¡Ni el más *pintao* llena un bote de colillas en una semana...!

Risueño escuchaba el señorito el pintoresco y desenfadado lenguaje del granujilla.

—Y á ti te gustaría cambiar de vida, ¿verdad?

—Le diré á *usté*: si es *pa* llevarme al asilo, gracias.

—Al asilo no, á mi casa. ¿A ti te gustaría venir á mi casa...?

El *Perejilito*, al oír esto, abrió mucho los ojos, y, después de quedarse mirando con gran fijeza á su interlocutor, murmuró con dejo dolorido:

—No se *buele* *usté* de mí, señorito. ¿*Pa* qué voy yo á ir á su casa de *usté*...

—Para hacerte un hombre de provecho, para que no vivas como dices tú que vives ahora, peor que los perros sin amo.

—Pero ¿eso es verdad, señorito...?

Y una llamarada de intensa alegría asomó á sus pupilas al oír que le contestaba afirmativamente.

Como si le asaltara una duda que desvaneciera sus gratas esperanzas, replicó el *Perejilito* con voz emocionada:

—Pero sus papás de *usté* no *quedrán* que yo vaya á su casa.

—Mis papás no se han opuesto nunca á que yo practique el bien.

—Mire *usté*, señorito, ¡por mi *salú!*, que si no le doy á *usté* ahora mismo un abrazo, ¡rediez!, es porque tendría *usté* que ir *escapao* á un tinte; pero *coste* que, no como *presona*, sino como perro agradecido, he de servirle *toa* mi vida.

El automóvil se detuvo delante de un caserón, en el que se hallaba instalada la casa de socorro.

—Vamos á que te curen.

Y el niño de los ojos azules dispúsose á abrir la portezuela.

—¡No, señorito, no, ya estoy curao...! ¡Palabra! Donde vamos,

si á *usté* le parece, es á su casa de *usté*, que tengo las primeras ganas de ver á sus papás *pa* decirles que *tien* un hijo que no se lo merecen de *güeno* que es... ¡*Mia* tú que hacer un señorito como *usté* lo que ha hecho con un pobre golfo como yo, vamos, es *pa* que salga en los papeles...! Es decir, no, porque entonces *toos* los golfos de Madrid se tirarían al paso de los automóviles *pa* tener la suerte que yo he *tenío*... Y no *toos* los que van en los automóviles son como *usté*... Si lo fueran ya no habría golfos en el mundo...

D. LARRÚ.





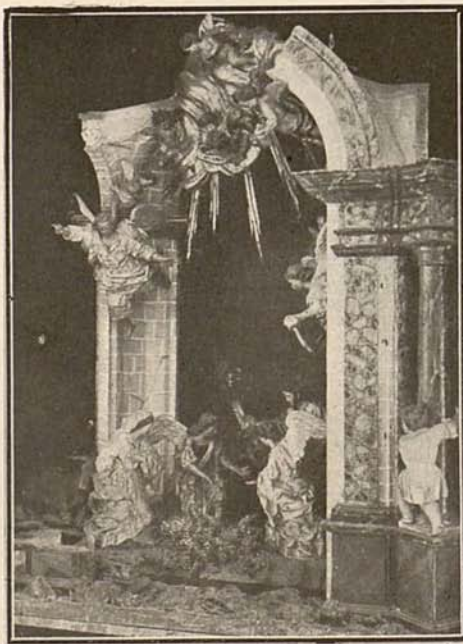
FIGURAS DE NACIMIENTO, DEL CELEBRE ESCULTOR SAIZILLO

LOS NACIMIENTOS

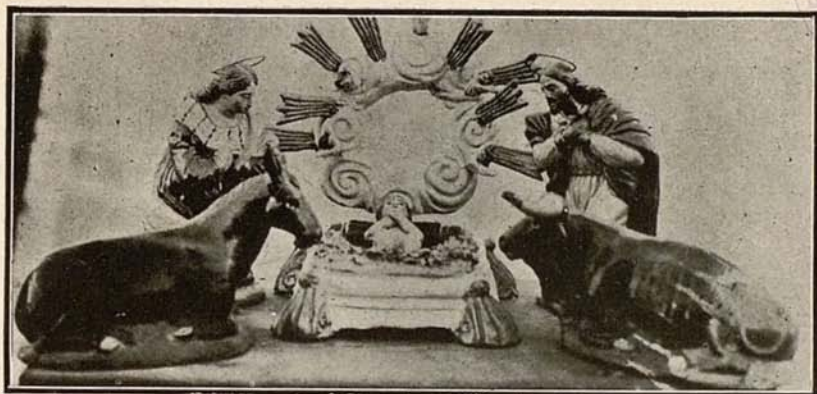
No hay duda de que es sumamente agradable para la infancia poseer un *Nacimiento*; pero por cómodo que sea que se lo compren hecho, tiene mayores encantos el construirlo uno mismo. El placer que al hacerlo se experimenta, es uno de los recuerdos infantiles que más duran en la memoria, y las personas mayores no se desdennan en volver

á esta agradable labor, y construyen *Nacimientos* para los pequeños, quizá con placer mayor que nunca.

Primero, la armadura del peñasco. Aquí y allá unos palitroques para que apoyen las tablillas que han de formar las cuestas, unos haces de tomillo, cajas, libros viejos inclusive, para que sobre ellos se sostengan cerros, mesetas y veredas. Luego el papel de estraza ó fuerte, de envolver, untado de cola que se va colocando y arrugando para que forme las desigualdades del terreno, y que al secarse, queda resistente; después, con un cepillo mojado en varios colores, las salpicaduras que imitan la piedra. Viene después el verde musgo y las ramitas que



EL PORTAL DE BELEN



EL MISTERIO, FIGURAS DE BARRO



PASTOR



EL REY NEGRO

dotan de vegetación al paisaje, y se colocan los puentes, los molinos, la venta, las casitas y rediles, el río de cristal, y arriba, la silueta de la ciudad. Ya no queda sino arreglar el portal de Belén, colocar las figuras y espolvorear la harina ó, mejor, la sal para imitar la nieve.

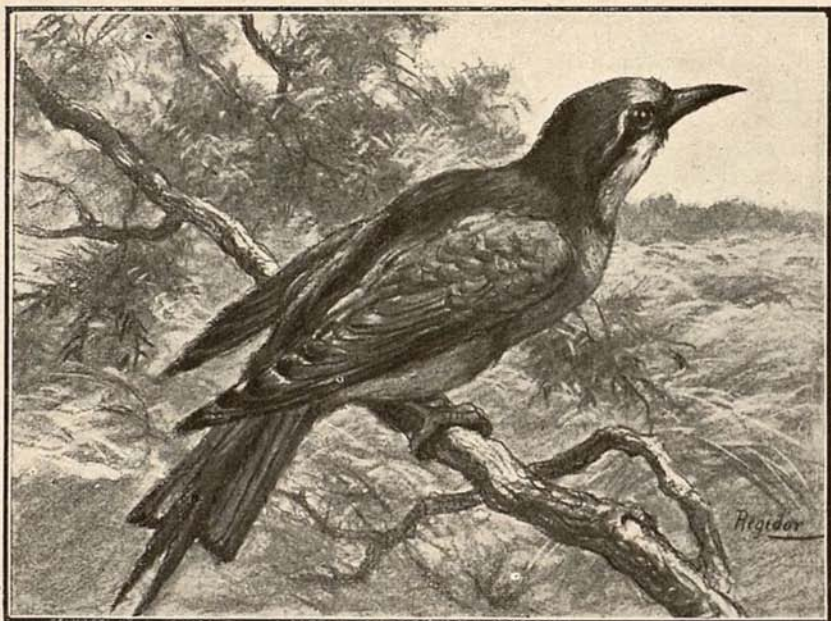
En las figuras hay gran variedad; algunas, muy modernas, tienen las pretensiones de ser antiguas, esto es, de representar los trajes de la época en que Jesús vino al mundo; pero las más comunes son de la época actual. El ventero, la famosa viejecita hilando, llamada tradicionalmente *la tía Gila*. Los pastores visten los trajes de nuestros campesinos, poco más ó menos. ¿Es esto un disparate? Todos los grandes pintores que han representado el Nacimiento del Mesías han vestido sus personajes con arreglo á la época en que los artistas vivían. El Nacimiento no es un mero hecho histórico que pasó como tantos otros; es un hecho permanente, de todos los tiempos, y esto explica su carácter de actualidad para los creyentes.



PASTORA



EL REY MELCHOR



EL ABEJARUCO

Cuando el tío Juan se convenció de la presencia de las malditas ave-cillas llamó á un amigo suyo, cogiólo de un brazo, lo llevó á un pradecillo cubierto de garridas y multicolores florecillas y, apuntando con los crispados puños al colmenar, le dijo:

—¡Mira, mira los abejarucos...!

Frente á ellos veíanse unas cuantas colmenas colocadas sobre una hilera de pedruzos. En el silencio se percibía el hervoroso zumbar de los enjambres, y de vez en cuando pasaba, rozándoles las caras, una abeja que, brillante como un punto de oro, volaba en busca del néctar de las flores. De pronto vieron que de una rama de cierta higuera vecina del colmenar partieron dos pajarillos que, cayendo sobre un enjambre, lo diezmaron en menos que se cuenta. Eran los temidos abejarucos, grandes como las viajeras golandrinas, glotones como los gorriones y chilladores como los vencejos. El tío Juan se mesó los cabellos, y con voz doliente exclamó:

—Unos días les bastarán para no dejarme una abeja...

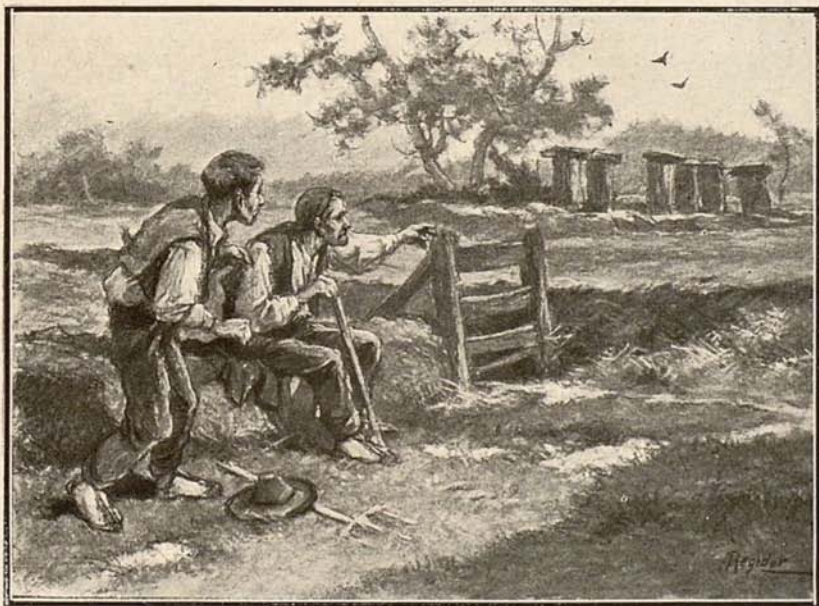
—Eso será si tú quieres—le contestó el amigo.

—¿Pues qué he de hacer?—añadió el tío Juan.—Ni las piedras, ni los tiros, ni las voces los espantan. Son más pegajosos que las moscas...

—Pues si quieres—repuso el arriero—no espantarlos, sino matarlos, dales abejas y nada más que abejas.

Y como el tío Juan le contestara que no le entendía, mandóle traer unas hebras de hilo fuerte, unos alfileres y media docena de abejas, y con estos trebejos, atados á los hilos los alfileres, doblados éstos en forma de anzuelos y clavadas en ellos las pobres víctimas, fuése á la antedicha higuera y en una rama que casi rozaba las colmenas, colgó de trecho en trecho todas las hebras.

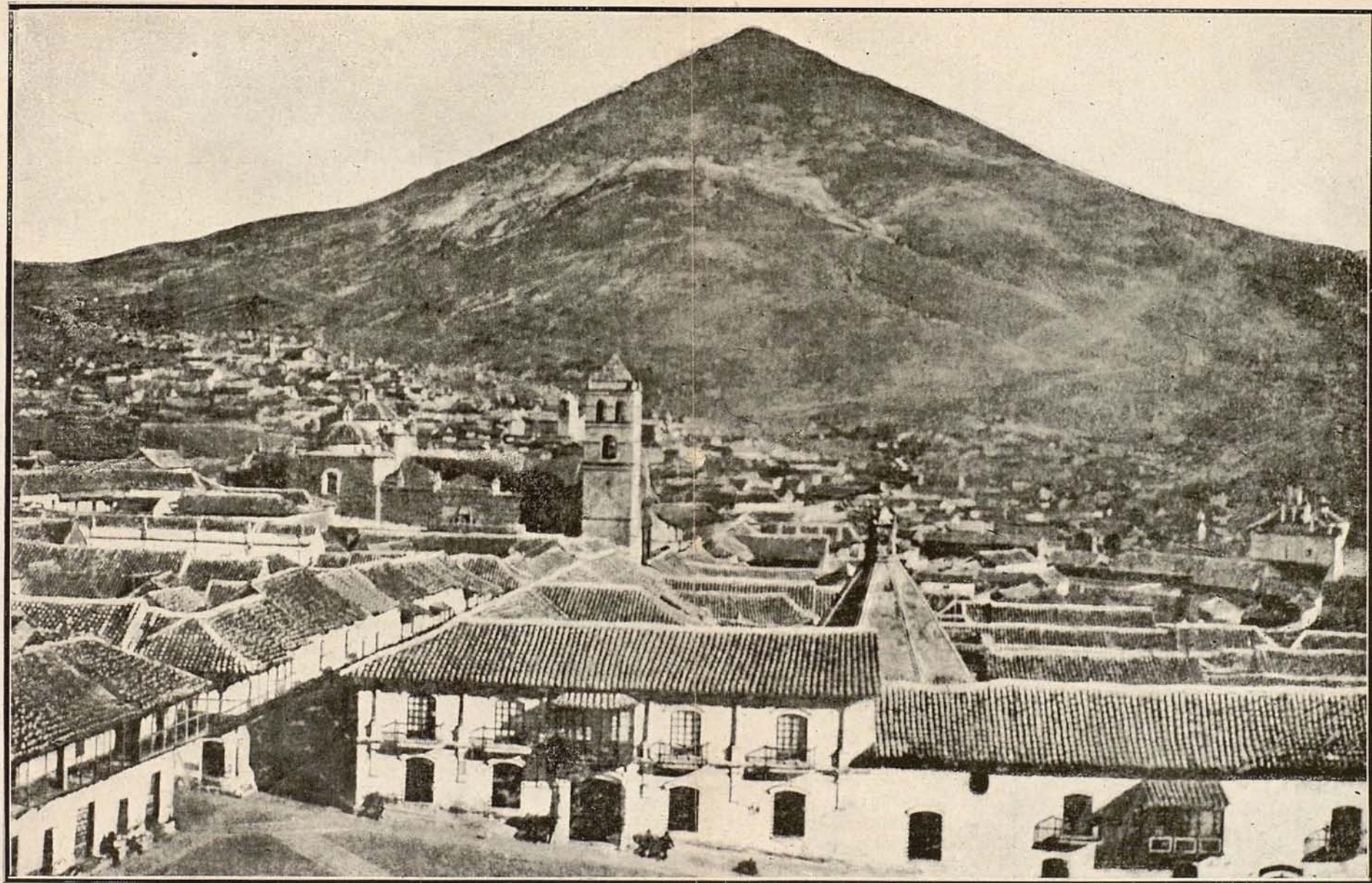
Un rato no muy largo habría transcurrido cuando dos abejarucos empezaron á rondar el colmenar y, como vieran aquellas abejas que el manso aircillo y las convulsiones de la agonía agitaban, precipitáronse sobre ellas con tal ansia que entrambos quedaron sujetos de los rudimentarios anzuelos. Gozoso el tío Juan, llegóse á ellos, los cogió



y los tiró al suelo con rabia. Las desventuradas avejillas extendieron sus azuladas y verdes alas, encrespáron las amarillentas plumillas de sus pechos, cerraron los negros picos, entornaron los acarminados ojuelos y murieron... En tanto el amigo decía al tío Juan:

—¿Ves el resultado? ¿Cómo no se te ocurrió que si á las alondras se las coge con lombrices y á los ratones con queso, no habían de cogerse los abejarucos con abejas...? Halaga los instintos de tu enemigo y lo vencerás siempre...

José A. LUENGO.



POTOSÍ

Esta ciudad de Bolivia ha sido siempre tan rica en minas de metales preciosos, que para ponderar el gran valor de una cosa se ha dicho que valía un Potosí. Está edificada a 3.360 metros de altura sobre el nivel del

mar, al pie del cerro de su mismo nombre, que es riquísimo en minerales. En el siglo XVIII llegó a tener gran importancia, con una población de 170.000 habitantes.



NOËL

Habréis oído nombrar muchas veces á Noël, y recordaréis sobre todo, que al arbolito de cuyas ramas penden una porción de vistosos juguetes se le llama *árbol de Noël*, y sin duda se os ha ocurrido preguntaros: ¿quién será Noël? Porque á vosotros no os ocurrirá seguramente lo que al ama seca de uno de mis más diminutos amigos, que le llama *árbol de Noé*, creyendo sandiamente que se trata del patriarca constructor del arca para salvarse del Diluvio Universal. Este Noël es un respetable y simpático anciano de largas y blanquísimas barbas, cuya llegada aguardan con gran ilusión los niños franceses. Las costumbres y tradiciones piadosas, siendo las mismas en su origen, han tenido en los distintos países ciertas variantes con el transcurso de los tiempos y la misión generosa de los Reyes Magos en la noche del 5 de Enero, que precede á su festividad, la ejerce en Francia el *padre Noël*, personaje celeste que en la Nochebuena reparte juguetes á los niños buenos.

Q. N. K.



LAS BONDADES DE NINI

VI

Y me bajé. ¡La casa de este abuelo sí que es rara! Tiene muchas, pero muchas cosas extrañas, que él llama... ¿cómo llama...? ¡Ah, sí! Antigüedades. Y además tiene una caja con tapa de cristal, y dentro una atrocidad de monedas que no parecen monedas. ¡Yo tengo una peseta, y un duro, y una perra grande y son de otra manera! También hay allí un libro muy grande, como el mío de postales, pero sin postales; sólo tiene sellos, pero viejos, ¡no vayan ustedes á creer! «¡Parece mentira que el abuelito guarde eso!», fué lo primero que pensé en cuanto bajé á arreglar su casa. ¡Si fuesen mis postales, tan repreciosas! ¡Pero mire usted que sellos viejos y dinero que no se parece al dinero que se da en las tiendas para comprar! ¡Qué limpia de porquerías le iba á dejar la casa su Nini! Bien me acordaba yo de que mi mamá, cuando guardo muñecas y juguetes rotos, me dice: —¡No me gustan *nidos*, Nini! ¡Las cosas inservibles no se arrinconan, se tiran!

Como yo soy una niña muy obediente y hago mucho caso de los consejos de mi mamá, quise ponerlos en práctica.

—¡Pobres abuelitos!—decía yo así... sin decirlo.—Como viven sólo con criados, no los cuidan ni nada. ¡Eche usted *nidos*, como dice mamá, que tiene el pobre abuelo en esta casa! ¡Si apenas hay nada que sirva! ¡Qué de clavos y pedazos de hierro viejo había allí, muy colocaditos en un armario que él llama vitrina! ¿Cómo quitar aquellas cosas feas si no tenía yo las llaves? ¡Qué atrocidad! ¡Un armario tan chiquito, tan mono, con toda la puerta de cristales, y llenito de *nidos* feos! Yo estaba decidida á no salir de allí sin dejar el despacho como un sol de limpito y arreglado y sin porquerías. Fuí por un plumero muy grande que tiene el criado para limpiar, ¡y no me lo quería dar el muy tonto! Pero yo le dije unas cuantas cosas, así como

bruto y animal... y tuvo que darme el plumero. ¡Anda lo que pesaba! Casi no podía con él. Limpié con bastantes apuros la mesa, y quedó muy preciosa, porque como se vertió el frasco de la goma, eso la dejó muy brillante cuando yo la restregué con los papeles que había. ¡Eso era una mesa reluciente, y no la que yo me había encontrado! En seguida tiré todos los sellos al cesto, y dejé el álbum precioso y dispuesto para cuando yo llevase postales al abuelín. ¡Eso sí que le alegraría y no los sellos viejos!

En seguidita miré otra vez á la cajita de las monedas y al armarito de los hierros raros.

¿Como lo abriría yo, Dios mío, sin llaves ni nada? ¿Y me iba á conformar con dejar aquello que hacía tan mal allí? ¡No! ¡No! En aquel armario podía meter yo mis juguetes y mis muñecas, y el abuelito se alegraría muchísimo de que le pusiera cosas bonitas en lugar de aquello.

Pero por más que miraba y remiraba no se me ocurría cómo abrir las dos tapas de cristal.

Ganas me dieron de rezar para que se me ocurriera algo.

Al fin, pensando... pensando... pensando ya lo adiviné. ¡Qué tonta! ¿Cómo no me lo habría yo figurado antes? ¡Una cosa tan fácil y sencilla! ¡Con dar unos cuantos golpes á los cristales con el rabo del plumero, todito estaba resuelto! Los cristales, aunque se rompieran, no importaba. ¡Valiente cosa son unos cristales comparado con lo *arreglado* que quedaría el pobre abuelín, después que yo hubiese tirado á la basura todos los cachivaches feos y dejase dispuesto el armarito para poner mis cacharros y la cajita para guardar mis collares y los de las muñecas! ¡Qué alegría! ¡Manos á la obra! ¡Pim! ¡Pum...! ¡Pum...! En cuatro trasazos que di saltaron los cristales. ¿Y dónde coger todo para tirarlo? ¡Ah, sí, en el cesto de los papeles, donde había tirado ya los sellos! Así lo hice; eché en él todas las monedas que no sirven y todos los hierros que tampoco sirven; lo cogí para llevarlo á la basura. ¡Qué barbaridad lo que pesaba! Tanto, que me caí con el cesto en el pasillo y todo salió rodando...

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





Tan antigua como el escribir es la tinta, y aun es posible que sea mayor su antigüedad, pues antes de emplearla para estampar las letras del alfabeto, se debió usar como pintura para grabar, para hacer perdurables dibujos y adornos con que se decoraban las paredes interiores y exteriores de los templos. Quizá sea prueba de esta aseveración el que en casi todas las lenguas antiguas el verbo escribir es sinónimo de grabar.

Anteriormente se ha dicho que no fué la escritura, en la forma que hoy se practica, la manera primitiva de fijar el pensamiento humano con objeto de que dure más tiempo que aquel que lo estampó. Los asirios emplearon para ello los ladrillos, en los que imprimían los signos representativos de las palabras y de las ideas; los egipcios las expresaron por medio de jeroglíficos grabados ó pintados con diversos colores; los griegos se valieron de piedras esculpidas y de pinturas hechas sobre piedras de cerámica.

Al Egipto le estaba reservado el dar un gran paso de avance en esta materia, pues no contento con dibujar con tinta sobre las piedras y sobre madera sus jeroglíficos, inventó el empleo del *papyrus* (de que ya he hablado en anteriores números al tratar del papel), y sobre él se escribieron con tinta los signos llamados hieráticos, como puede compararse viendo los documentos que custodian los Museos de Berlín, París y Turin.

Es opinión muy generalizada que los romanos emplearon únicamente las tabletas enceradas para grabar sobre ellas con el estilete, y aunque esto es cierto, sólo lo es en parte, pues si bien es verdad que tenían la costumbre de tomar notas sobre tabletas de piel encerada, escribían con tinta las obras de alguna importancia.

Recuérdese con este motivo lo ya dicho respecto á que en Roma se pagaban á precios elevadísimos los *papyrus* egipcios que utilizaban para escribir sus obras.

En Pompeya se han encontrado manuscritos griegos y latinos esrapados con buena tinta, y Plinio da una receta para fabricarla.

Los antiguos la hacían con gran esmero y perfección, y la prueba es que en el Vaticano hay un *Virgilio* del siglo iv, cuya tinta apenas ha sufrido alteración.

Prueba convincente es asimismo que en los palimpsestos griegos y latinos, cuya escritura fué en la Edad Media lavada y cubierta con otra, se haya podido reconstituir lo que primero se escribió, merced á procedimientos químicos que han reavivado la tinta primitiva.

Hay un hecho curioso, y es el de que las tintas empleadas en los escritos sobre papel ó sobre vitela, pertenecientes á los siglos ix al xii, son de inferior calidad á la de los palimpsestos, pues si bien es verdad que en aquéllos es mucho más perfecta y más clara la letra, en cambio las tintas han perdido su fuerza.

Del siglo xii al xv se vuelve á notar un progreso en la fabricación de las tintas, que alcanzan su mayor grado de perfeccionamiento en el siglo xvi, sobre todo, en las españolas y las italianas.

Posteriormente ha vuelto á decaer la calidad de las tintas, que, si bien eran de un color negro muy hermoso cuando se emplearon, al cabo de medio siglo tornóse amarillento, y lo que es peor, han quemado y reducido á polvo el papel sobre que se estamparon, con perjuicio evidente de la Historia y de las Ciencias, pues se han perdido documentos de importancia suma.

Según opiniones de químicos muy ilustres, la mayor parte de las tintas de uso corriente hoy, adolecen del mismo defecto con el transcurso del tiempo, y tras de borrarse—ó poco menos—lo que escribimos, quemará y agujereará el papel.



Hay muchas clases de tintas, según el uso á que se destinan. Las principales son: las tintas para grabado en talla dulce; las tintas para tipografía y las tintas para litografía.

Las primeras se obtienen con negro de humo y barnices de aceite de lino, muy puros y limpios.

En la composición de las segundas entra también el negro de humo y aceites de distintas clases que contengan en disolución algo de resina.

En las tintas para litografía entran como componentes más principales el sebo, jabón seco, cera amarilla y negro de humo.

Hay otra variedad que se conoce con el nombre de tinta china y se hace con negro de humo, gelatina y substancias olorosas. El negro de humo se obtiene en la combustión de aceites y grasas; la gelatina, con pieles de búfalo. Se hace con todo ello una pasta que se perfuma con alcanfor de Borneo y almizcle en polvo.

JUAN ANTON.

BAÑO DE IMPRESION



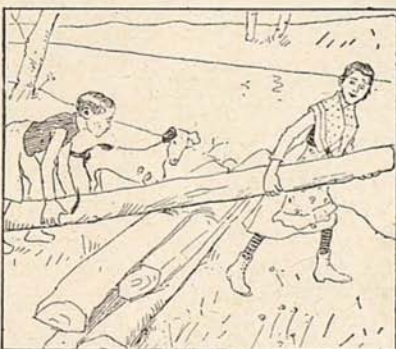
Prisca y su hermanito Cucufate salieron del pueblo, con su perro *Pichichi*, a llevar una cesta de huevos a un tío suyo.



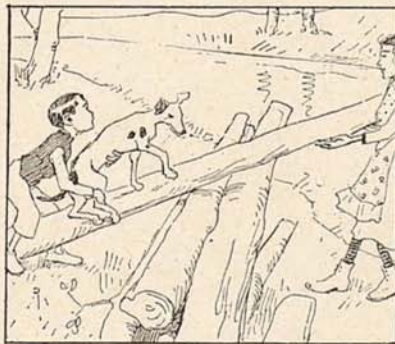
Al atravesar el pinar vieron a la orilla del río a un leñador que derribaba los troncos a hachazo limpio.



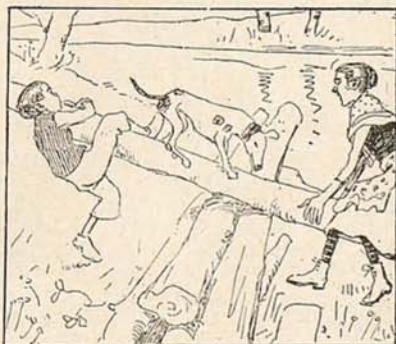
A los chicos se les ocurrió en el acto una idea divertidísima: improvisar un columpio con aquellos troncos.



Y dicho y hecho. Prisca y Cucufate se dieron muy buena maña para colocar un tronco que hiciera báscula.



La prueba de las obras se encomendó a *Pichichi*, que, no sin miedo, fué recorriendo el tronco más largo.



Cuando el can se hallaba en el centro, los muchachos se colocaron en los extremos del columpio improvisado.



Aquello era precioso. Cucufate hacía un pequeño esfuerzo, y Prisca se elevaba deliciosamente.



Y si Prisca daba el impulso, la elevación de Cucufate era segura. Únicamente *Pichichi* demostraba cierto recelo.



Recelo muy justificado, porque un leñador distraído tropezó y cayó sobre uno de los extremos. y ¡cataplum!



Pichichi y Cucufate dieron un salto mortal y fueron á caer de cabeza en las aguas del río.



Gracias al instinto, bondad y condiciones natatorias de *Pichichi* pudieron ponerse en salvo.



Y pasado el peligro, Prisca, Cucufate y *Pichichi* siguieron su camino muy contentos y satisfechos.